

COMUNISMO DE LUJO TOTALMENTE AUTOMATIZADO

Aaron Bastani

Traducción de Layla Martínez



**levanta
fuego**

PRIMERA EDICIÓN: NOVIEMBRE DE 2020
SEGUNDA EDICIÓN: OCTUBRE DE 2021

TÍTULO ORIGINAL:
FULLY AUTOMATED LUXURY COMMUNISM

COPYRIGHT © 2019 DE AARON BASTANI
PUBLICADO POR PRIMERA VEZ POR: VERSO BOOKS
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

TRADUCCIÓN: LAYLA MARTÍNEZ
DISEÑO DE CUBIERTA: ISRAEL PINILLA
DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:
LEVANTA FUEGO
WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-24319-8

COMUNISMO
DE LUJO
TOTALMENTE
AUTOMATIZADO

ÍNDICE

Agradecimientos.....	11
Introducción. Seis personajes en busca de futuro.....	13
I. El caos bajo el cielo	27
1. El Gran Desorden	29
2. Las tres disrupciones.....	49
3. ¿Qué es el comunismo de lujo totalmente automatizado?.....	71
II. Nuevos viajeros	91
4. Plena automatización: posescasez en el trabajo....	93
5. Potencia ilimitada: posescasez en la energía.....	121
6. Minería en el cielo: posescasez en los recursos.....	147
7. Modificar el destino: edad y posescasez en la salud.....	173
8. Comida sin animales: posescasez en la alimentación	197

III. Encontrar el paraíso	225
9. Apoyo popular: populismo de lujo	227
10. Principios fundamentales: la ruptura con el neoliberalismo.....	245
11. Transformar el Estado capitalista.....	273
12. CLTA: un nuevo comienzo.....	289
Bibliografía.....	297

A Charlotte.
Esto hubiera sido imposible sin ti.

El hombre es un ser vivo de naturaleza
variada, multiforme y cambiante.

Giovanni Pico della Mirandola

En los malos tiempos, no abandoné la ciudad;
en los buenos, no puse por delante mis intereses
privados; en los desesperados, no temí nada.

Cardenal De Retz

Agradecimientos

Debo un agradecimiento especial a Leo Hollis, mi editor en Verso. Con tu visión amable pero crítica, has hecho que este libro sea infinitamente mejor de lo que podría haber sido. Gracias también al resto del equipo de Verso, que ha ayudado a hacer que el comunismo de lujo totalmente automatizado sea una realidad, al menos en su versión impresa. La labor que realizáis llevando las ideas radicales al mayor público posible es de un valor incalculable. Que continúe por mucho tiempo.

Me gustaría dar también las gracias a todo el equipo de Novara Media. Hace cinco años iniciamos un extraño viaje que ha dado un giro interesante. Estoy especialmente en deuda con James Butler y Ash Sarkar, cuyo escepticismo inicial ha hecho que los argumentos del libro sean mucho más robustos.

También quiero darle las gracias a Andrew Chadwick por darme espacio para que encontrase mi propia voz mientras escribía la tesis. Por encima de todo, me demostraste la importancia de que la prosa fuese concisa y los argumentos claros, dos cosas de las que carecía antes de que trabajásemos juntos.

Por último, estoy en deuda con todos aquellos que lucharon para conseguir el acuerdo político que me ha permitido tener sanidad gratuita y educación barata. Sin vosotros no estaría vivo, y muchos menos habría escrito un libro. No hay mayor fuente de

inspiración para las luchas que nos esperan que vuestros logros, que, aunque sucedieron en el pasado, pertenecen al presente.

Introducción

Seis personajes en busca de futuro

La vida está llena de infinitos absurdos, los cuales, descaradamente, ni siquiera necesitan parecer verosímiles, porque son verdaderos¹.

Luigi Pirandello

YANG

Yang trabaja en una fábrica de Zhengzhou, una ciudad de la provincia china de Henan. Nacida en un pueblo del oeste del país, su vida laboral ha coincidido con la conversión del gigante asiático en la fábrica del mundo. Llegó a la ciudad hace una década, y desde entonces se ha construido una vida decente. Aunque su trabajo es agotador —con frecuencia los turnos duran de once a trece horas diarias— Yang se considera afortunada. Es independiente

1. *Seis personajes en busca de autor*. Traducción de Mauro Armiño. Edaf, 1984. [N. de la T.]

económicamente y gana suficiente dinero para enviar una parte a sus padres.

Como muchos de sus amigos y compañeros de trabajo, Yang es hija única. Esto significa que, aunque se siente afortunada por formar parte de la plantilla de la fábrica, va creciendo su preocupación por la salud de sus padres ancianos, cuyo cuidado pronto será responsabilidad suya. Entre eso y el hecho de que su estancia en la ciudad es temporal, Yang ve remotas sus posibilidades de crear una familia. Sus obligaciones están en otro lugar y algún día tendrá que volver a casa.

Pero, además de esta perspectiva que por suerte parece lejana, hay otra cosa que ha empezado a producirle ansiedad recientemente. Era algo impensable hace un montón de años, cuando era una adolescente recién llegada de provincias y recibió su primer sueldo. El trabajo está empezando a escasear.

Aunque el sueldo de Yang ha aumentado todos los años desde que llegó a la ciudad, algo que muy poca gente de su edad puede decir en Europa o Norteamérica, el encargado no para de hacer bromas sobre los robots que le van a quitar el trabajo. Yang suele ignorarle, pero los miembros de los sindicatos clandestinos que hay en su lugar de trabajo dicen cosas parecidas. Según ellos, los salarios ya no son competitivos porque en el extranjero se han acostumbrado a ganar menos que antes. Aunque los sindicalistas no creen que China vaya a perder su liderazgo industrial, eso implicará inevitablemente que algunos trabajos sean deslocalizados y otros automatizados. Por supuesto, muchos empleos van a seguir en China —siempre va a haber trabajo— pero las condiciones no van a ser las mismas. Yang incluso ha leído en internet que la empresa para la que trabaja, Foxconn, ha empezado a construir fábricas en Estados Unidos.

CHRIS

Cuando el presidente Obama ratificó la Ley del Espacio en 2015 fue un momento histórico, al menos para Chris Blumenthal. Aunque no tuvo mucha cobertura por parte de la prensa, la ley reconocía el derecho a que las empresas privadas pudiesen hacer negocios en el espacio. El capitalismo estadounidense tenía una nueva frontera.

Hoy es el aniversario de aquello y Blumenthal no podría estar más feliz. Solo en su apartamento, observa cómo el vehículo de lanzamiento espacial Falcon Heavy se posa en algún lugar en mitad del Atlántico. El éxito del aterrizaje no solo hace mucho más probable una misión tripulada a Marte, también supone un paso más en la impecable trayectoria de tres años sin accidentes de SpaceX, la empresa que lo ha construido. La industria espacial privada, dependiente durante mucho tiempo de los contratos del gobierno y de los bolsillos de unos pocos industriales, ha dejado de ser ciencia ficción. Pronto los cohetes como este serán tan familiares como un Boeing 737.

Después de ver el aterrizaje retransmitido a través de Twitter, Blumenthal —uno de los primeros inversores en una empresa de minería de asteroides— lo comparte en un grupo de WhatsApp formado por personas con intereses similares. Entre ellas hay un entrenador de la NBA con un salario muy elevado y un director de Hollywood. Debajo del enlace, Blumenthal añade, de forma no del todo irónica: «QUIERO VER LA PASTA».

De inmediato aparece una respuesta. Blumenthal no conoce muy bien a la persona, pero supone que también ha visto la retransmisión: «No va a haber suficiente dinero en el mundo para esto». Blumenthal no lo sabe, pero todos los demás miembros del

grupo verán el aterrizaje tal y como hizo él, aunque no todos en tiempo real. Algunos lo harán en casa, otros cenando con clientes, amigos y familiares. Uno lo verá mientras está en la cama con su amante. Estén donde estén, todos ellos observarán cómo avanza la historia en una pantalla OLED que cabe en la palma de su mano. El desarrollo tecnológico que les permite hacer eso, incluyendo las cámaras cada vez más baratas y con mejor resolución, hizo posible que el aterrizaje no pilotado estuviera completamente automatizado.

Mientras Blumenthal revisa los resultados del baloncesto, Sandra —una vieja amiga, abogada en Manhattan— responde: «Nuestro problema es que, si hay mucho material allí, todo el mundo se va a poner un cohete en el culo para ser el siguiente».

Nadie contesta, pero todos son conscientes de que un exceso repentino de la oferta de minerales significaría un desplome de los precios. Pero por ahora eso no importa, y no importará en al menos otra década. Es por eso que este pequeño grupo de gente va a estar el primero en la cola cuando la minería de asteroides se convierta en la industria con mayor crecimiento de la historia. Eso no durará mucho, claro, pero nada lo hace hoy en día.

LEIA

Leia introduce la contraseña y abre la puerta para empezar su turno de mañana. Camina hacia los altavoces, los conecta a su teléfono y presiona el icono de Spotify. Elige la lista «Descubrimiento semanal» —una serie de canciones elegidas por un algoritmo predictivo— antes de encender los distintos dispositivos del bar: el lavaplatos, la máquina de café, las luces, el aire acondicionado.

Aunque solo se ha podido ver el sol unas pocas horas, la energía solar cubre todas las necesidades energéticas del edificio, desde el rúter para el wifi al circuito cerrado de televisión del bar o las cámaras frigoríficas de la cocina. Parte de ella procede de los paneles fotovoltaicos situados en el tejado del bar, pero en su mayoría viene de una planta de energía solar de trece megavatios situada a varios kilómetros de distancia. En la isla hawaiana de Kauai, donde nació Leia, así es como se produce la electricidad.

Mientras empieza a limpiar las mesas, la lista de reproducción se apaga en la segunda canción. Kai, la hermana de Leia, que estudia en California, le está escribiendo.

En lo que se ha convertido en una costumbre en los turnos de fin de semana de Leia, Kai envía fotos suyas saliendo de fiesta al grupo de Facebook que comparten con un montón de miembros de su familia desperdigados por varias franjas horarias. Bajo la foto, tomada en la frontera entre Estados Unidos y México hace unos momentos, están las palabras «os echo de menos».

Mientras, la planta solar —con sus 55 000 paneles de silíceo, tres técnicos y dos guardias de seguridad— está, como Leia, comenzando su día de trabajo. Solar City, que construyó y ahora alquila las instalaciones a la cooperativa energética de la isla, está convencida de que el mantenimiento de ese tipo de proyectos pronto estará completamente automatizado. Leia todavía no lo sabe, pero un destino similar le espera a su padre, desarrollador de software, dentro de una década.

La comunicación global instantánea, igual que la transición desde los combustibles fósiles, ha pasado desapercibida para la adolescente. Para ella son simplemente características habituales de un mundo que da por hecho. La lenta desaparición de la profesión de su padre no va a parecer diferente.

PETER

De camino a un gran evento de la industria en San Antonio, Peter está muy animado. Este año cumple sesenta, pero tiene la energía de un hombre mucho más joven, sobre todo debido a inyecciones regulares de la hormona del crecimiento. En estos momentos está orgulloso de dos cosas: el equipo de béisbol que posee y las previsiones optimistas que está haciendo sobre el futuro de la tecnología.

Su experiencia y autoridad en el campo proceden de haber fundado una empresa que fue adquirida por uno de los gigantes digitales en el cambio de siglo, y hoy da una charla para hacerle un favor a un amigo. Rápidamente lleva la conversación a su tema preferido: la inteligencia artificial y el futuro del empleo.

«La primera compañía en alcanzar los dos trillones de dólares va a ser Amazon, no hay duda. Bezos no va a ser el primer trillonario, pero lo hará bien. ¿Quién va luego? ¿SpaceX? No lo creo, tenemos esa tecnología desde hace setenta años y dentro de poco todo el mundo va a ponerse a ello, pero buena suerte para Elon. No, el primer trillonario será un creador de IA. Imaginad, va a ser como si estuvieras haciendo la contabilidad en la Inglaterra victoriana y de repente uno de tus rivales tuviese un portátil con un procesador de cuatro núcleos: te barrería del mapa. ¿Y el empleo? Una vez que esa tecnología se extienda, la mayoría de la gente, y no me hace feliz decir esto, va a ser innecesaria... prescindible».

Peter comparte escenario con Anya, una joven CEO de Suecia: «Estoy de acuerdo, Peter, la IA va a cambiar muchas cosas», añade. «Supone un desafío para la forma en que entendemos el mérito, el trabajo, incluso el capitalismo. De hecho, imagino que, en el futuro, la clase baja no estará formada por aquellos que tengan

habilidades poco deseables para el mercado, sino por los que carezcan de acceso a una IA propia. ¿Cómo vas a tener un mercado laboral justo cuando eso ocurra? No creo que se pueda».

«Te digo», la interrumpe, en un tono casi inaudible para los asistentes, «que el primer capullo que fabrique IA será trillonario». Se acomoda de nuevo en su silla antes de añadir con tono nostálgico algo que suena a monólogo interior: «será trillonario o idiota».

FEDERICA

Federica sabe que ha olvidado hacer un recado, le había prometido a su sobrino una sudadera de fútbol por su cumpleaños pero no la ha encargado. Así que ahora está haciendo algo que no echaba de menos: comprar un regalo en Oxford Circus, en el West End londinense.

Mientras entra en la tienda, Federica se pasa la mano por delante de la cara. El gesto activa un dispositivo inserto en su retina y convoca a su asistente personal digital, Alex, cuya voz sustituye a su podcast favorito en el bluetooth que lleva en el oído. «Hola, Fede. En qué puedo ayudarte».

«Ey, Alex», responde. «¿Dónde puedo encontrar una camiseta del Arsenal para Tom por aquí?».

Alex, una inteligencia artificial relativamente potente desarrollada por uno de los gigantes tecnológicos, responde casi al instante. «Tienen la talla de Tom en stock, así que no tienes que esperar a que la estampen. Primer piso, detrás a la derecha, te lo muestro». Un mapa aparece en el ojo izquierdo de Federica, aunque ya no puede decir que sea realmente suyo. «Tom ha dicho varias veces que prefiere la que tiene la franja negra y dorada. ¿Cogemos esa?».

«Genial, sí, Alex, me has salvado la vida». Mirando los percheros de trajes de hombre, Federica se acuerda de algo. «Alex, ¿cómo va la dieta de George?». George es su pareja.

«No muy bien», contesta Alex, «pero creo él querría que eso lo hablaseis entre vosotros». Federica no puede evitar sonreír. Los asistentes personales digitales no siempre habían sido tan «emocionalmente inteligentes».

Cuando encuentra la camiseta, Federica la mete en su bolso e inmediatamente se encamina a la salida de la tienda. Mientras lo hace, otra figura aparece en la pantalla, o, mejor dicho, delante de ella. «¿Tiene todo lo que necesita hoy, Ms. Antonietta? ¿Cómo le fue con el traje que compró en febrero? Tenemos algo parecido para el invierno, ¿le gustaría que se lo enviase a Alex para que pudiera verlo?».

«Sí, por favor, sería maravilloso», dice Federica. «No quiero llegar tarde». Sale de la tienda, y la etiqueta con radiofrecuencia de la camiseta automáticamente resta el importe de su cuenta. Ningún empleado humano ha participado en la producción, almacenamiento, distribución y venta del producto. De hecho, la tienda que ha visitado podría habérselo llevado a su sobrino con un dron ese mismo día, pero ella prefiere dárselo en persona, como se hacía antes. Después de todo, es un regalo de cumpleaños de su tía favorita.

DOUG

Doug sabía que esto podía pasar, y a la vez rezaba para que no sucediera. Solo quería dar un paseo con su perro y ahora iban a sacrificarlo.